

MARTIRES DE LA REFORMA



CD
NE1
4251 1989
j.1 (02-6532)
IB. NO. 2

JUAN A. MATEOS



02-6532

Leandro Valle

*Como un homenaje a quienes
dieron su vida a cambio de una nación,
la LIII Legislatura de la Cámara de Diputados
edita la serie “Mártires de la Reforma”,
entregándola para su memoria,
a la conciencia nacional.*

*Dip. Lic. Nicolás Reynés Berezaluce
Presidente de la Gran Comisión
de la Cámara de Diputados*

9900 +
SL
Cull.

MARTIRES DE LA REFORMA

Leandro Valle

JUAN A. MATEOS

*Amigo: te felicitamos por haber dado
a tu fe republicana
hasta el último aliento de tu vida,
hasta el último latido de tu corazón.
Te felicitamos por haber sufrido,
por haber muerto.*

Víctor Hugo



BIBLIOTECA LEGISLATIVA
INVENTARIO
2008-2009

BIBLIOTECA DEL H. CONGRESO
MEXICO, D. F.

Adq.	02.6532
Clasf.	HCD ANE1
Cotter	M425
Núm.	1989

SL

INVENTARIO 2008-2009

- 1.- Mexico-Historia-Guerra de Reforma, 1855-1857
- 2.- Valle, Leandro, 1833-1861

Las cenizas sagradas

Leandro Valle es una de las figuras más prominentes de la revolución progresista. Esa figura, que yace alumbrada por la luz de la historia, dice a la actual generación que la juventud surge en la tormenta revolucionaria como el rayo que va a incendiar los escombros del pasado, para echar los cimientos del porvenir.

Valle apareció en la revuelta arena de nuestro anfiteatro guerrero bajo los estandartes de la Reforma, cuando el clero era una potencia y parapetaba en sus ciudadelas a sus soldados para defender sus tesoros y prominencias; cuando para escándalo del siglo y vergüenza de la historia nos encontrábamos, como en la Edad Media, en pleno feudalismo.

Las escuadras invasoras arrojaban sobre la ciudad heroica sus primeras bombas en 1847, y la capital se envolvía en las llamas de la guerra civil, a la voz de ¡religión!

Valle combatía por primera vez al lado de los reformistas, arrebatado por ese espíritu gigante que no le abandonó ni en los últimos instantes de su existencia. Aquel niño, cuya fren-

te serena se ostentó en esos días a la luz resplandeciente de los cañones, se dejó ver en el combate con el extranjero, en cuyo estadio se trazaban los preliminares de una carrera de gloria y de heroicidad.

La fortuna negó a nuestras armas la victoria, pero fue impotente para borrar las hazañas de nuestros héroes; se veneran aún en aquellos campos de recuerdos patrióticos las cenizas sagradas de nuestros mártires.

¡Gloria a vosotros que llevásteis vuestra sangre como una ofrenda a los altares de la patria!

¡Gloria a vosotros que rindiendo un homenaje al patriotismo caísteis en la arena, lanzando vuestro último grito como un saludo eterno a la libertad!

¡Gloria a vosotros que sobrevivís a esos días de prueba y arrastráis una existencia de olvido; vosotros sois los templos vivos de nuestras memorias, la tradición palpitante de las batallas; cada vez que las descargas anuncian que uno de vosotros baja al sepulcro, nos parece que se arranca una hoja de este libro histórico de nuestras glorias!

La guerra de Reforma

Cuando una sociedad encalla, se necesitan los choques de la revolución para sacarla de los arrecifes. El torrente irresistible del siglo destruye y crea al mismo tiempo; por eso vemos al mundo antiguo desaparecer con sus tradiciones, con sus hombres, con su filosofía, y si invocamos como un derecho las creencias de nuestros padres, no recordamos las de nuestros mayores.

La independencia de las naciones no trae siempre consigo la idea de la libertad. México, independiente, cayó bajo el poder del clero, y la sociedad yacía esclava de las prácticas religiosas en su orden político y su construcción administrativa.

Acabó la unción de los reyes; pero el presidente iba a consagrar su cabeza bajo el palio y arrodillarse en los mármoles de la catedral, y a inclinar la frente agobiada, al resonar en las bóvedas el canto de los Salmos. El poder civil desaparecía ante la potestad canónica, ante esa vara mágica que abre a su contacto las puertas del cielo y las del abismo.

Desde las aldeas hasta las ciudades, ostentaban templos y monasterios, sitios de tormento para las vírgenes, foco de pereza y de histeria para los monjes, rompiendo de continuo los votos, esas cadenas que el ascetismo de los siglos medios ha querido imponer a la naturaleza.

Avasallada la sociedad por el sentimiento religioso, subyugada por el fanatismo y ultrajada por una soldadesca inmoral y desenfrenada, sintió la necesidad del sacudimiento; la prolongación del letargo podía llegar hasta la muerte.

Brotó la idea de la Reforma como una fosforescencia de su cerebro; la idea necesitaba armarse, combatir, triunfar.

Los que habían puesto el dogma de la intolerancia en las cartas políticas no eran seguramente los hombres de la revolución.

Los que habían combatido al lado del estandarte de la fe pertenecían al pasado. No quedaba, sino la nueva generación para realizar el pensamiento reformador de la sociedad. Pero la juventud necesitaba una guía en el terreno práctico de sus aspiraciones patrióticas.

Hidalgo había dado el grito de libertad cuando su cabeza estaba cubierta con el hielo de la vejez; era necesario buscar para la Reforma otra organización privilegiada que no cediera a los embates de la Revolución, que se presentaría terrible como nunca.

Un antiguo caudillo de la libertad daría con su voz autorizada el prestigio a la Revolución. En el mapa de nuestros recuerdos se encuentra señalado con una estrella roja el pueblo de Ayutla, punto de la erupción cuya lava debía extenderse sobre los campos de toda la República.

No seguiremos en esta vez la marcha trabajosa de esa Revolución hasta su triunfo definitivo, porque vamos en pos de la huella de un hombre, objeto de nuestro artículo.

El gobierno democrático quedó instalado, y la idea de la Reforma aceptada como una conquista del siglo y de la civilización.

El gigante se sintió herido; alzóse terrible en sus convulsiones; rota su armadura, aún podía empuñar la clava y provocar una reacción momentánea; pero, ¿qué diría de sus

esfuerzos sobrehumanos antes de declararse vencido y humillado ante sus adversarios? El motín, la conspiración tenebrosa, la tribuna eclesiástica, la cátedra, todo, todo se puso en juego para falsear los principios victoriosos.

El 11 de enero de 1858 la reacción tornó a enseñorearse de la capital, comunicando su movimiento a los puntos más distantes de la República.

Juárez, después de una marcha trabajosa y llena de vicisitudes por el interior del país, se embarcó en Manzanillo, y, atravesando el Istmo de Panamá, entró sereno, como la barca que le conducía, a las aguas del golfo, y estableció su gobierno en Veracruz hasta el triunfo definitivo de la idea progresista.

La Revolución tronaba como la tempestad en el cielo de la República. Se alzaron cien patíbulos, corrió la sangre, y se consumaron venganzas inauditas, el clero se arrancó la máscara, y se entró en la lucha más terrible que registran nuestros anales.

Volvamos a nuestro personaje. Leandro Valle quedó fiel a su bandera, quemó sus últimos cartuchos en las calles de la ca-

pital, y marchó después a unirse con el ejército al interior de la República.

La reacción había tenido un éxito inesperado, el ejército del clero ganaba batallas por doquiera, y cosechaba triunfos, de los cuales él mismo se sorprendía.

Estrechos son los márgenes de este artículo para narrar las vicisitudes de los demócratas y sus grandes sacrificios por la causa de la libertad.

Aparecía un hombre empujado por el huracán revolucionario, se hacía célebre por su heroicidad, y desaparecía después de una oleada de muerte y exterminio. De esa peregrinación de combates queda una estela de sangre, como una marca de fuego, sobre los campos y las montañas.



Los asesinos de Ocampo

El terrible sitio de Guadalajara y las jornadas de Silao y Calpulalpan anunciaron al mundo de la reacción que había muerto para siempre, hundiéndose en el pasado con el anatema de los buenos.

Valle venía de cuartel-maestre en ese ejército victorioso, distinguiéndose por su arrojo y pericia militar. El 25 de diciembre de 1860 el ejército liberal ocupó la plaza de México, y los prohombres del partido clerical huyeron despavoridos, unos al extranjero y otros a las encrucijadas, donde se hicieron a poco de los restos desmoralizados de su ejército, entregándose al pillaje desenfrenado y a las escenas de sangre más repugnantes.

Juárez estaba de regreso en su Palacio Nacional, como el pensamiento de la revolución triunfante.

Convocóse desde luego la Asamblea Nacional; el nombre de Valle surgió en las candidaturas populares, y el joven caudillo tomó asiento en los escaños de la Cámara.

Arrebatado por su carácter fogoso, fue uno de los que propusieron la Convención, cuya idea no pudo llevarse hasta su término. Valle se había colocado entre los exaltados, y votaba los proyectos de reforma más avanzados en nuestra política.

En aquellos días de efervescencia, cuando las pasiones estaban desbordadas, se supo en la capital que don Melchor Ocampo, uno de los hombres más prominentes de nuestro país, había sido asesinado alevosa e impiamente por la reacción acaudillada por Márquez, ese miserable que está fuera de la compasión humana, entregado al desprecio y vilipendio del mundo entero.

El pueblo se sintió herido por aquel rudo golpe y se lanzó a la cárcel de reos políticos, en busca de víctimas. Entonces Leandro Valle se apresuró a contener el desorden, habló al pueblo en nombre de su honra sin mancha, de la gran conquista que acababa de alcanzar en su gran Revolución de reforma y de su porvenir.

La tempestad se calmó; pero de aquellas olas inquietas todavía se desprendió una voz fatídica como la de un agorero:

“Cuando el general Valle caiga en poder de los reaccionarios, no le perdonarán.”

Hay palabras que las inspira la fatalidad y las realiza el destino.

El general Santos Degollado pidió ir en busca de los asesinos de Ocampo. Desgraciadamente, una mala combinación militar le hizo caer en poder de sus enemigos que derramaron aquella sangre que dejó ungida la tierra.

El Gobierno dispuso que Leandro Valle saliera en persecución de los asesinos.

El amor y el combate

Hay detalles que recargan las sombras tenebrosas de un drama.

Valle estaba en la fuerza de la juventud, en esa alborada de la vida en que la luz de la fantasía extiende pabellones de fuego en nuestro cerebro y envuelve el corazón en una densa nube de aromas; cloroformo que nos hace soñar en el encanto engañoso de la existencia, y horas de amor en que el ángel de la dicha llama a las puertas del corazón y transporta el alma al mundo bellissimo de las esperanzas.

Valle amaba por la primera vez; su corazón, que parecía encallecido entre el rumor de las batallas y los trabajos del campamento, rindió su homenaje a la hermosura, palpité lleno de cariño, y evocó los genios de la felicidad y del porvenir. ¡Sarcasmo ruin de la existencia. . ! ¡Aquella alma virgen y llena de ilusiones estaba ya en los dinteles de otra vida. . !

Valle debía salir a la mañana siguiente a los desfiladeros de las Cruces, donde el enemigo le esperaba.

Al joven general, que acababa de asistir a combates de primer orden, le parecía de poca importancia aquella expedición. Así es que se entregaba al esplendor de una fiesta en medio de sus ilusiones de amor y la efusión simpática de sus amistades.

Valle ofrecía a los pies de su prometida traer un nuevo laurel de victoria, cosechar un nuevo triunfo, manifestarse héroe al influjo santo de aquella pasión.

Resonaba la música poblando de armonía aquella atmósfera de perfumes; las flores exhalaban su esencia, como el corazón sus suspiros, y el hervidor champán apagaba sus blanquísimas olas en los labios encendidos de la belleza. ¡Ilusiones, amores, esperanzas; velas flotantes en la barca de la vida!

En medio de aquel mundo de ensueños resonó una palabra que es de tristeza en toda circunstancia: ¡Adiós!

¡Frase misteriosa, exhalación pavorosa del alma, voz de agónía, acento desgarrador que anuncia la separación, parecido

al choque de una ola que se aleja en el mar para no volver nunca. . !

¡Ay! ¡Cuántas olas han desaparecido en ese mar siniestramente sereno de la existencia, dejándonos la huella imborrable de los recuerdos!

¡Valle partió emocionado al campo de batalla; oyóse el rumor de las cajas, el paso de los batallones, el rodar de la artillería. . . después, todo quedó en silencio!

El Monte de las Cruces

Estamos en la mañana del 23 de junio de 1861. Las nubes se arrastran entre los pinares del Monte de las Cruces y una lluvia menuda cae en el silencio misterioso de aquellos bosques.

Todo está desierto; por intervalos se escuchan los golpes del viento que agita las pesadas copas de los árboles y arrastra a gran distancia el grito de los pastores.

Ni un viajero cruza por aquellas soledades, reciente teatro de una catástrofe. El huracán de la Revolución tiene yermos aquellos campos. Se ignora la altura del sol, porque las montañas están alumbradas por la luz del crepúsculo.

Repentinamente aquel silencio se turba; grupos de guerrilleros comienzan a aparecer en todas direcciones, posesionándose de las montañas y desfiladeros, indicando el movimiento de una sorpresa.

Unos batallones se sitúan en la hondonada de un pequeño valle, en actitud de espera.

Pasan dos horas de expectativa, cuando se dejan ver las primeras avanzadas de una tropa regularizada. Se oyen los primeros disparos y comienza a empeñarse un combate parcial. Los soldados de Valle se extienden por las laderas, desalojando a los reaccionarios, y con el grueso de sus tropas hace un empuje sobre las del Llano, que resisten a pie firme algunos minutos y comienzan después a desordenarse.

Los guerrilleros de la montaña pierden terreno y se repliegan a su campo.

Valle debía obrar en combinación con las fuerzas del general Arteaga, que se le reunirían en aquel campo; pero alentado con el éxito de su primer movimiento, cree alcanzar, sin auxilio, una fácil victoria, y se lanza con arrojo sobre el enemigo, que huye en desorden.

Una coincidencia fatal viene a arrebatarle su conquista.

Márquez llega al campo enemigo accidentalmente, con fuerzas superiores a las de Valle; le sorprende en ese desorden que trae consigo la victoria y alcanza a derrotarle completamente.

Valle hace esfuerzos inauditos de valor; sus oficiales le quieren arrancar del campo pero él prefiere la muerte a presentarse prófugo y derrotado en una ciudad que le aguardaba victorioso.

El joven cae prisionero después de disparar el último tiro de su pistola.

Márquez, El Tigre de Tacubaya, la hiena insaciable de sangre, tiene una víctima más entre sus garras. No la dejará escapar.

Está en su poder el soldado a cuyo frente había retrocedido tantas veces, el que le había humillado en los campos de batalla. Su sentencia era irremisible. Valle comprendió desde luego la suerte que le reservaba y escuchó con serenidad su sentencia de muerte.

Márquez quiso humillar en su horrible venganza al joven general, mandando que se le fusilase por la espalda como traidor.

Entre aquella turba de miserables asesinos, no hubo una voz amiga que se alzara en favor del soldado que había perdonado.

do cien veces la vida de los prisioneros, y evitara así que en la capital la cólera del pueblo consumase una represalia en personajes de valía entre los reaccionarios.

El vaticinio popular se cumplía: "Caerá en poder de sus enemigos y no le perdonarán."

Cerraba la noche de aquel día aciago cuando Valle fue conducido al lugar de la ejecución.

De pie, reclinó su frente sobre la tosca corteza de un árbol, se apoyó en sus brazos, y esperó resuelto el golpe de muerte.

Oyóse una descarga cuyos ecos repercutieron en el fondo de las montañas, y al disiparse el humo de la descarga se vio en el suelo al general Valle tendido en un charco de su propia sangre, agitándose en las últimas convulsiones.

El rencor de los hombres tiene por límite la muerte; pero hay seres que en mal hora han venido al mundo para deshonra de la humanidad. Aquel cadáver, mutilado por el plomo, provocaba aún las iras de su asesino; no le bastaba la sangre, no;

aquello era poco para la venganza; le faltaba la ostentación del crimen, el alarde de la impiedad.

Aquel cadáver fue colgado a un árbol que han desgajado ya los huracanes, como el pregón, no del delito de Valle, sino de la infamia de sus verdugos.

¡Desde aquel leño ensangrentado pedía el cadáver justicia a Dios, cuya sombra se alza terrible delante de los malvados, como la amenaza del cielo en sus horas de inexorable justicia!

El cadáver de Leandro Valle fue recibido en la capital con pompa fúnebre y se le tributaron los honores de los héroes.

Sus restos mortales descansan en el panteón de San Fernando, al lado de las cenizas veneradas de los mártires de la Libertad y de la Reforma.





TALLERES GRAFICOS DE
LA CAMARA DE DIPUTADOS
